

México y Estados Unidos, 1938-1940: rumor y realidad

Alan Knight

CENTRO LATINOAMERICANO
UNIVERSIDAD DE OXFORD

Se analiza cómo, en los últimos años del gobierno cardenista, las relaciones entre México y Estados Unidos pasaron de la tensión y, en ocasiones, franca hostilidad, a una cordialidad sin precedente que culminó en una estrecha alianza durante la segunda guerra mundial.

Después del estallido de la revolución mexicana en 1910, México y Estados Unidos entraron en un periodo de relaciones turbulentas. La coexistencia estable del porfiriato —simbolizada por el encuentro entre Díaz y Taft en 1909— dio paso a un conflicto recurrente.¹

¹ Es materia de discusión si el conflicto causó la revolución mexicana o si la revolución causó el conflicto. Admitiendo que haya algo de verdad en ambas proposiciones (pues su relación es dialéctica), yo destacaría la segunda, esto es, vería la revolución (que no estaba dirigida en principio contra Estados Unidos) produciendo tensiones en la vecindad entre ambos países.

Tres veces, durante la década de la revolución armada, Estados Unidos invadió el territorio mexicano. Aunque con la perspectiva del tiempo transcurrido sabemos que la intervención en Ciudad Juárez en 1919 sería la última, la amenaza de intervención no desapareció. Durante los años veinte, la tensión se mantuvo mientras Estados Unidos protestaba contra aspectos de la política interior mexicana que no eran de su agrado y trataba de utilizar el arma del reconocimiento diplomático para conseguir cierta conformidad por parte del gobierno mexicano. En 1925, ocho años después de la promul-

gación de la nueva Constitución, el cumplimiento progresivo de sus metas reformistas y nacionalistas provocó un aviso algo amenazante del secretario del Estado, Frank Kellogg, que, incitado por el destacado embajador Sheffield, declaró que “el gobierno de México está en tela de juicio frente al mundo”.² Y, durante 1925-27, es decir, hasta que Dwight Morrow reemplazó a Sheffield, la tensión seguía alta.

Sin embargo, desde la perspectiva de la política interior mexicana, los años veinte no habían llegado al colmo del reformismo nacionalista. Esto llegó, por supuesto, con la administración de Lázaro Cárdenas, que aceleró el reparto de tierras (incluso tierras propiedad de estadounidenses), trató de infundir sentimientos nacionalistas y hasta socialistas por medio de la educación, y fomentó tanto la mexicanización de la industria como la organización colectiva de los trabajadores y campesinos. Pero, cuando Estados Unidos enfrentó esta nueva amenaza, su respuesta fue moderada, comedida y hasta a ojos de algunos críticos, complaciente. No obstante las airadas protestas de ciertos intereses estadounidenses y europeos, la administración rooseveltiana seguía una línea bastante blanda frente al radicalismo cardenista. En particular, su reacción ante el desafío nacionalista más radical hasta ese entonces —la expropiación de las compañías petroleras en marzo de 1938 (“acto más valiente y de más consecuencias que el fusilamiento de Maxi-

miliano”)³— fue notablemente cautelosa y comedida. Una acción que, diez o veinte años antes, hubiera provocado por lo menos amenazas, represalias y quizás una verdadera intervención, dejó de agriar las relaciones entre los dos países irrevocablemente; no hubo intervención, ni amenaza de intervención, ni ruptura diplomática (como en el caso de Gran Bretaña).⁴ En efecto, un año y medio después —y no obstante que la cuestión petrolera quedaba pendiente—, el subsecretario de Estado de Estados Unidos, Sumner Welles, comunicó al embajador mexicano su satisfacción de que “a pesar de tantas dificultades como las que han surgido en los últimos años, entre los dos países, las relaciones políticas sean de una cordialidad sin precedente en muchos años”.⁵ Y, como sabemos, durante estos años —más o menos 1938-1941— el acercamiento entre México y Estados Unidos se profundizó y culminó en la estrecha alianza —militar y económica— de la guerra.

³ Memorándum del doctor Jesús Díaz Barriaga, miembro de la Comisión de Estudios de la Presidencia de la República, a Cárdenas, 30 abril 1940, AGN, Presidente Lázaro Cárdenas (P-IC), 432.2/253-9.

⁴ Acerca de cómo eran las relaciones anglo-mexicanas, véase Meyer, *Su Majestad*, 1991, pp. 476-486. Como observó el *New York Herald-Tribune*, 21 marzo 1938, era gratificante que la expropiación petrolera pudiera ser encarada pacíficamente, mientras que “quince años atrás hubiera causado una movilización de tropas”. Citado en Daniels, ciudad de México, 22 marzo 1938, Stated Department Records (SD), National Archives, 812.6363/3139.

⁵ Memorándum de Francisco Castillo Nájera a Cárdenas sobre su encuentro con Sumner Welles, Washington, D.C., 16 agosto 1940, AGN, P-IC 342.2/253-9.

² Freeman Smith, *United*, 1972, p. 234.



Este es el periodo que quiero abarcar. Aunque las causas de este acercamiento han sido analizadas por varios expertos, vale la pena reevaluar los argumentos acordándonos —como los historiadores deben hacer, de vez en cuando— de que el resultado que conocemos y, quizá, que damos por sentado era —para los contemporáneos de ese entonces—, oculto en un futuro desconocido y preocupante. Ambos países no se daban cuenta de que su acercamiento iba a suceder, favorecido por la guerra mundial, y esta ignorancia influyó tanto en sus percepciones como en sus políticas. Una manera de demostrar este hecho —obvio pero a veces olvidado— es considerar el fenómeno del rumor, del chisme; fenómeno que, según nos recuerda Sole-

dad Loaeza,⁶ es una constante en la política, quizá especialmente en la política mexicana, y más que nada en la política mexicana de fines de sexenio.⁷ Por tanto, los años 1938-40 estuvieron llenos de rumores. “El aire está lleno de chismes y pronósticos de lo que va

⁶ Soledad Loaeza, “Política”, 1989, pp. 105-138.

⁷ Es verdad que las (altas) decisiones políticas son particularmente proclives al rumor. La razón (o una razón) de ello debe hallarse en la opacidad de esas políticas: pese al manto que cubre las actividades presidenciales y ministeriales, el proceso de decisión (sobre todo, la selección de los candidatos presidenciales) permanece hundida en el misterio; y en un clima tal —de decisiones milagrosas a las que se llega oscuramente— que el rumor es como un florecimiento.

a pasar", escribió el embajador Daniels a mediados de marzo de 1938.⁸ Muy pocas veces tuvieron que admitir los agentes secretos de Gobernación que el día fuera "pobre en noticias reporteriles y rumores callejeros".⁹

Aunque sabemos —mirando hacia atrás— que la expropiación petrolera no provocó una intervención estadounidense, que Cárdenas cumplió su sexenio, y que Ávila Camacho, habiendo derrotado a Almazán en una elección durísima, orientó a México hacia una alianza estrecha con Estados Unidos, otros escenarios muy distintos se concebían al terminar el sexenio de Cárdenas. Algunos anticipaban que, a raíz de la crisis, prolongaría su presidencia o buscaría su reelección (rumor destacado en 1951, y ni qué decir en 1993).¹⁰ Otros creían que el presidente iba a caer, víctima de una revuelta interior, una intervención extranjera o alguna combinación de las dos. En abril de 1938, una fuente diplomática canadiense anticipaba una rebelión cedillista "con objeto de derrocar al C. presidente [y] que para ello el gobierno de Alemania ha facilitado al

general Cedillo algunos millones de pesos".¹¹ Un mes después Cedillo, durante largo tiempo caudillo de San Luis, se rebeló, o, como dijo un seguidor suyo, "no se levantó, lo levantaron".¹² El porqué de la rebelión Cedillista —especialmente la relación entre Cedillo y las compañías petroleras, y/o el gobierno alemán— ha sido objeto de bastante debate.¹³ Cualquiera que sea la verdad, los rumores de una conspiración petrolera abundaban. Las compañías, decían, andaban aliadas, no solamente con Cedillo sino también con poderosos caciques de la Huasteca, utilizando la antigua táctica de los días de Peláez.¹⁴ La rebelión de Cedillo fracasó, pero no dejó de provocar cierta preocupación. En junio de 1938, por ejemplo, decían que Cedillo contaba con "fuerzas muy numerosas, que de cualquier manera derrocarán al actual gobierno".¹⁵

Apenas habían cazado a Cedillo hasta darle muerte, cuando la sucesión presidencial comenzó a generar sus pro-

⁸ Daniels, ciudad de México, 19 marzo 1938, 182.6363/3104.

⁹ Reporte del agente PS-12, D.F. al jefe del Departamento de Información Política y Social (DIPS), 26 mayo 1938, AGN, Dirección General de Gobierno (DGG), caja 4000/93, vol. II.

¹⁰ Reporte del agente M. T. Rincón, D.F., 4 julio 1939 ("la opinión se está unificando a favor de la reelección del señor presidente"), y 21 agosto 1939 ("decían que hay que respaldar en todo al presidente en caso de que sea una realidad la revolución de que se habla y que de seguro no habría elecciones"), DIPS, caja 4000/93, vol. II.

¹¹ Reporte del agente S-19, D.F., 23 abril 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

¹² Dudley Ankerson, *Agrarian*, 1984, p. 165.

¹³ *Ibid.* p. 179; Meyer, *México*, 1977, pp. 180-181.

¹⁴ Reporte del agente PS-6, D.F., 24 marzo 1938, DIPS, caja 4000/93, que cita a los caciques en cuestión. Sobre Peláez, la mejor información se halla en Brown, *Oil*, 1993, pp. 256-306.

¹⁵ Reporte del agente S-19, D.F., 4 junio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II. En cambio, de acuerdo con un reporte casi simultáneo de la misma fuente, "privaba la opinión general de que Cedillo era un pobre fracasado en su intento de rebelión": reporte del agente PS-12, 26 mayo 1938. Rumores y espías, como profecías y profetas, como un juego que al final designa a algunos ganadores.

pios rumores de guerra civil. Como los candidatos fueron oficialmente declarados o extraoficialmente publicitados, los pronósticos de rebelión abundaban: Tejeda se peleaba con Ávila Camacho, Iturbe iba denunciando a Cárdenas en el norte; Sánchez Tapia se confabulaba con Ávila Camacho, etc. Así, informó un agente de Gobernación en enero de 1939, que “es del dominio público que surgirá un conflicto armado muy pronto”.¹⁶ Ahora, Almazán, principal candidato opositor al PRM, heredó la capa de Cedillo y pareció que el gobierno decidió seguir la misma táctica que antes. Según los adeptos de Almazán,

el gobierno [...] pretende hacer lo mismo que hizo con [...] Cedillo, ya que se han movilizado contingentes de tropa, retirado varios de los principales elementos, como el jefe y la oficialidad del Estado Mayor, sustituyéndolos por elementos incondicionales del gobierno;.

Sin embargo, “debe tomarse en cuenta que el C. Gral. Juan Andreu Almazán tiene mayor inteligencia, más simpatías en el país y en el extranjero, por lo que, para el propio gobierno, presenta un problema de mayor consideración”; como se verá, el rumor tenía cierta razón.¹⁷

Mientras tanto, estos rumores —o esperanzas— de rebelión generaban un sin fin de chismes menores, muchos de los cuales trataban de alijos o

contrabando de armas. Después de la expropiación llegaban noticias vagas de armas enviadas al D.F. desde el norte, o de casas —de una “familia tabasqueña o chiapaneca”— que servían como almacenes para ellas.¹⁸ Decían que Lombardo Toledano, alrededor de quien circulaban muchos rumores (por ejemplo, que había sido el verdadero autor intelectual de la expropiación petrolera), había establecido una fábrica de armas donde trabajaban 22 milicianos “en un poblado de un cerro cerca de Tulancingo”.¹⁹

La injerencia extranjera fue otro tema recurrente. Los rumores eran tan vagos como plausibles. Una fuente diplomática advirtió que si México no pagaba una indemnización rápida y adecuada a las compañías, “el mismo gobierno de Estados Unidos no podía seguir prestando su apoyo al de México y, como consecuencia, no podrá sostenerse en el gobierno el C. Gral. Cárdenas”.²⁰ Sin embargo, mientras

¹⁶ Reporte del agente S-19, D.F., 4 junio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II.

¹⁹ Reporte del agente M.T. Rincón, D.F., 12 agosto 1939, DIPS, caja 4000/93, vol. III. La autoría intelectual de la expropiación es de Lombardo, se aseguraba en el *Times* de Londres, 11 abril 1938. La noción de que Cárdenas era un vocero (usualmente radical) de otras eminencias grises era común, aunque, creo, totalmente equivocada. De acuerdo con el agente S-19, D.F., 7 septiembre 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II, “algunas personas culpan al señor secretario de Gobernación (Ignacio García Téllez) de la política extremadamente radical, con tendencias comunistas, que está desarrollándose en el gobierno, citando casos en que ha expresado su opinión respecto a algún asunto y, a los pocos días, el presidente hace suya la misma opinión”.

²⁰ Reporte del agente S-19, D.F., 4 junio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II.

que los rumores que trataban la política interior contenían muchas veces elementos de verdad y hasta granos de evidencia, los que tenían que ver con la intriga internacional eran más extraños (aunque no podemos presumir que menos eficaces; el poder del chisme no es necesariamente proporcional a su verdad objetiva). A raíz de la expropiación, “la voz callejera aseguraba que Estados Unidos había mandado a Castillo Nájera (el embajador mexicano en Washington) para que recibiera la presidencia de manos del general Cárdenas”; por otro lado, decían que Cárdenas sería obligado a entregar la presidencia a Abelardo Rodríguez, una figura bastante grata a los estadounidenses: de una manera u otra, Cárdenas seguiría el camino de Ortiz Rubio, echado del palacio nacional antes de terminar su periodo presidencial.²¹ Otra versión —que hasta el espía de Gubernación que la escuchó en una plática entre “un señor y una señora de la clase media” en un tren, la consideraba “absurda”— predijo que “Estados Unidos presionado por el papa, iba a nombrar al señor Martínez, actual arzobispo de México, para que asumiera la presidencia, en lugar del general Cárdenas”, ejemplo, quizá, del deseo que engendra el pensamiento.²²

Según unos observadores, que repetían una antigua especie de chisme mexicano acerca de catástrofes allende el Bravo,²³ la expropiación traería

tantas molestias para Estados Unidos como para México. Una fuente diplomática avisó que Roosevelt podría caer debido a su apoyo a México.²⁴ Una flota británica, dijo uno, fue embarcada en Belice; aunque no se esperaba un ataque directo a Estados Unidos, dijo otro, se anticipaba una política británica de deprimir al dólar.²⁵ (Como la administración de Roosevelt había hecho esfuerzos significativos para deprimir al dólar, este pronóstico fue doblemente erróneo.)²⁶ Una versión más específica del verano de 1938 predijo que, dentro de dos meses, el Congreso estadounidense rechazaría al presidente, la rebelión estallaría en Texas y Nuevo México, y hasta el propio Roosevelt podría ser asesinado.²⁷

Mucho más realistas fueron los rumores que trataban de las consecuencias económicas de la expropiación. Es bien conocido que la administración de Roosevelt se negó a intervenir directamente en pro de las compañías petroleras y las razones son claras: la política del Buen Vecino, esbozada por Hoover y llevada a cabo por Roosevelt, necesitaba para plasmarse de una renuncia a la intervención directa en América Latina.²⁸ Por tanto, la abroga-

1916, una rebelión del derrotado candidato presidencial, Theodore Roosevelt: Alan Knight, *Mexican*, 1986, vol. II, pp. 344, 602.

²⁴ Reporte del agente s-19, D.F., 23 abril 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

²⁵ Reportes del agente s-19, D.F., 9 abril, 19 julio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I, 000/102.

²⁶ Robert Dallek, *Franklin*, 1979, pp. 45 ss.

²⁷ Reporte del agente s-19, D.F., 19 julio-abril, 1938, DIPS, caja 4000/102.

²⁸ Wood, *Making*, 1961; Gellman, *Good*, 1979, caps. 1 y 2.

²¹ Reporte del agente PS-12, 14 mayo 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II.

²² *Ibid.*

²³ En 1913 la prensa mexicana informó de un levantamiento de negros en Estados Unidos; en

ción de la Enmienda Platt y la aceptación —algo inesperada— del principio de no intervención (principio clave de la política exterior mexicana) por parte de Estados Unidos, en las conferencias interamericanas de Montevideo y Buenos Aires, en 1933 y 1936.²⁹ Las virtudes de la no intervención habían sido subrayadas por las tribulaciones de las fuerzas estadounidenses en Nicaragua a fines de los veinte, y reforzadas por la amenaza del Eje, tanto en Europa como en el Lejano Oriente, tema al que regresaré. Por último, era poco probable que la administración de Roosevelt, censurada por los empresarios norteamericanos por sus tendencias izquierdistas y estatistas, se volviera defensora de las compañías petroleras, vistas, en muchas partes, como modelos de un capitalismo corporativo rapaz y sin vergüenza. Además, en términos más generales, la política interior del Nuevo Trato incorporó tendencias que sugirieron ciertas similitudes con el cardenismo: el rechazo del *laissez-faire* y, uno podría añadir, de la política simbólica de los años veinte (el prohibicionismo en Estados Unidos y el anticlericalismo callista en México); una política macroeconómica deflacionista, que incorporaba extensas obras públicas; y un compromiso con la reforma agraria y laboral, que implicaba cierto antagonismo con los intereses empresariales.³⁰

²⁹ Hull, *Memoirs*, 1948, vol. 1, pp. 312-313, 333-335, 500-501.

³⁰ Knight, *US-Mexican*, 1987, pp. 9-11, sugiere que esta congruencia ideológica no se limitó a los años treinta, si bien tal vez fue particularmente marcada durante dicha década.

Estas similitudes fueron reconocidas en ese entonces. A Josephus Daniels, embajador estadounidense en México durante más de ocho años, le gustaba hacer esta comparación y hasta justificar la reforma agraria mexicana, no solamente ante Estados Unidos sino ante sus críticos mexicanos.³¹ Quizá, en su caso, un sentido de culpabilidad por la ocupación del puerto de Veracruz en 1914, aumentó su simpatía por las causas de México,³² pero, probablemente fue más significativa su capacidad —quizá, resultado del etnocentrismo ligado a su carrera por la prensa popular— para interpretar a los individuos, a los acontecimientos y a las políticas de México como simples equivalentes de los estadounidenses: el cardenismo equivalió al Nuevo Trato, Calles había sido otro Jefferson, etc.³³ Miembros de la administración de Roosevelt también establecieron paralelos entre el cardenismo y el Nuevo Trato y aplaudieron su política social progresista.³⁴ Alerta a estas señales,

³¹ Cronon, *Josephus*, 1960, p. 27. Peralta, del Banco Nacional de Crédito Ejidal, a Cárdenas, 17 abril 1936, AGN, P-LC 404.1/12, describe la defensa de Daniels del agrarismo ante cuatro hacendados yucatecos hostiles a él durante la cual hizo mención de sistemas comparables estadounidenses, como los créditos bancarios y el trabajo cooperativo.

³² Daniels había sido secretario de Marina de Estados Unidos cuando la invasión a Veracruz, un hecho que levantó, comprensiblemente, susceptibilidades cuando fue designado embajador en México. Cronon, *Josephus*, 1960, pp. 10, 15 y 19-21.

³³ *Ibid.*, pp. 27, 90, 135.

³⁴ Ramón Beteta, desde Baltimore, a Cárdenas, 22 mayo 1940, AGN, P-LC 432.2/253-9, le comunica el interés del secretario del Interior,

los políticos mexicanos —incluido el propio presidente— consideraron la necesidad de presentar su proyecto como una versión moderada, benigna y mexicana del Nuevo Trato rooseveltiano, proyecto, por tanto, lejísimo del comunista.³⁵ Imitar, como se dice, es la forma más sincera de halagar.

Sin embargo, si bien estas consideraciones indicaban que la intervención estadounidense directa era muy improbable —y los rumores que le precedían muy engañosos—, las consecuencias económicas eran otra cosa. En primer lugar, el boicot de las compañías perjudicó las ventas del flamante PEMEX. Segundo, la pérdida de la confianza empresarial, combinada con el crecimiento del déficit gubernamental y de la inflación, hicieron bajar al peso.³⁶ Es decir, mientras que Cár-

denas había temido —y con razón— que una larga disputa laboral en la industria petrolera afectaría a la economía en su totalidad, su atrevida solución del problema generó sus propios y serios riesgos (por tanto, se dice que el flemático presidente, por primera vez, no podía dormir con su característica tranquilidad).³⁷ La reacción de las compañías petroleras y del gobierno de Estados Unidos fue crucial. Aquéllas boicotearon a PEMEX, negándose a comprar el petróleo o a abastecer sus necesidades técnicas, siguiendo, posiblemente, una política de sabotaje a México;³⁸ y seguramente armaron una extensa y costosa campaña de relaciones públicas para debilitar a PEMEX y hasta al propio gobierno de México.³⁹ Y aunque la administración de Roosevelt simpatizaba poco con las compañías, no pudo hacer caso omiso de ello en su propaganda de cara al electorado en general, o a ciertos sectores del Partido Demócrata en particular.⁴⁰

Harold Ickes, y del secretario de Agricultura, Henry Wallace.

³⁵ "Este país y su gobierno no son comunistas y no simpatizan con el comunismo", aseguró Cárdenas a Josephus Daniels en 1936 (y Daniels claramente lo creyó): Cronon, *Josephus*, 1960, p. 114. Después de 1938, el presidente fue todavía más franco. Sin embargo, sin que las protestas de Cárdenas, aunque convincentes, fueran tomadas al pie de la letra. En diciembre de 1936, presionado por Daniels en cuanto a la expropiación de los intereses estadounidenses, el presidente mexicano "replicó enfáticamente que él no se comprometería en ninguna política suicida... El gobierno no se empeñaría en tomar, por ejemplo, los campos petroleros... pues sería impráctico y podría definir al gobierno en cierto sentido respecto a las inversiones extranjeras, lo cual se intentaba evitar". *Ibid.*, p. 125.

³⁶ El peso cayó de 3.60 por dólar en marzo de 1938 a 4.95 por dólar en julio del mismo año; véase Cárdenas, *Industrialización*, 1987, pp. 62, 63. La caída de la tasa no oficial fue, sin

embargo, más severa: Daniels, ciudad de México, 21 marzo 1938, SD 812.6363/3110.

³⁷ Knight, "Politics", 1992, pp. 100-101; González y González, *Historia*, 1981, p. 191.

³⁸ Reporte de agente ps-5, D.F., 22 marzo 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. 1.

³⁹ Véase por ejemplo la publicación de la Standard Oil, *Looking at Mexico*, vol. 2/13, 31 agosto 1940, incluida en SD 812.00/31388, que contiene recortes de prensa hostiles de todo Estados Unidos; incluye encabezados representativos: "Inseguridad bajo el río Grande", "Revolución en México", "Más negocios fraudulentos en México", "El trabajo y el petróleo mexicanos no se mezclan", y así sucesivamente.

⁴⁰ Lawrence Duggan, el simpatizante jefe de la sección de American Republics Affairs en el Departamento de Estado de Estados Unidos, lo reiteró ante Beteta: Beteta a Cárdenas, 17 junio 1940, AGN, P-LC, 432.2/253-9.

Por ello, Estados Unidos dejó de comprar la plata mexicana, debilitando aún más al peso; y Cordell Hull, secretario de Relaciones Exteriores, apuró que, si bien su gobierno no había negado la legalidad de la expropiación (como, por ejemplo, lo hizo el gobierno británico), sí insistiría en una indemnización inmediata y adecuada.⁴¹ Mientras tanto, los problemas políticos y económicos de México, exagerados por las compañías y sus aliados en la prensa estadounidense, perjudicaron a la frágil economía mexicana. General Motors dejó de vender autos allende el Bravo.⁴² El turismo, que se había vuelto una fuente cada vez más importante de divisas, comenzó a disminuir. Los turistas que viajaban por el sur de Texas, rumbo a la frontera, fueron interrogados —según un senador mexicano— en estos términos: “¿A dónde van ustedes?” Y si respondían que a México les decían que estaba atestado de rebeldes y los iban a matar de mala manera.⁴³ Un año después, las agencias de viajes estadounidenses se seguían quejando de que “muchas personas han cancelado su viaje por el temor que haya una revolución en México”.⁴⁴

Las represalias económicas de esta índole fueron, de hecho, más dañinas para México que cualquier supuesta injerencia política por parte de Estados Unidos. Como el embajador Castillo Nájera comunicaría al presidente Cárdenas, “no creo en la intervención armada, pero sí en una hostilidad económica tenaz y continuada”.⁴⁵ Y, otra vez, los chismes abundaban, los legisladores mexicanos se decían pesimistas en cuanto al futuro del país, en las semanas después de la expropiación porque se enteraron de que esta decisión clave se había tomado sin un acuerdo previo entre México y Estados Unidos (precaución que ellos imaginaban habíase tomado). Es decir, el gobierno de Estados Unidos había dado tácitamente su aprobación a la expropiación, pero de hecho ésta había sido, en palabras del embajador Daniels, “un relámpago del cielo”.⁴⁶ Como dijo un senador mexicano: “Todos teníamos la creencia de que el gobierno, antes de tomar estas medidas, se había puesto de acuerdo con Estados Unidos, pero vemos que es lo contrario, ya que nuestra plata no tiene mercado.”⁴⁷ Como resultado, México se en-

⁴¹ Hull, *Memoirs*, 1948, vp. 1, p. 610. Harold Ickes, secretario del Interior, aseguró claramente a Beteta: “Nosotros no vamos a ir a México a ayudar a las compañías a que vuelvan a tomar posesión de sus propiedades”: Beteta a Cárdenas, 22 mayo 1940, AGN, P-LC, 432.2/253-9.

⁴² Daniels, ciudad de México, 21 marzo 1938, SD 812.6363/3110.⁴³ Agente PS-12, D.F., 14 junio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II, extractando las palabras del senador Arriola en el Senado.

⁴⁴ Beteta a Cárdenas, 25 mayo 1940, AGN, P-LC 432.2/253-9.

⁴⁵ Castillo Nájera a Cárdenas, 3 octubre 1940, en Archivo Particular de Lázaro Cárdenas, AGN, rollo 11.

⁴⁶ Memorandum de Pierre Boal, México, 21 marzo 1938, SD 812.6363/3146.

⁴⁷ Reporte del agente PS-6, D.F., 30 marzo 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I. La embajada de Estados Unidos está interesada en los “fuertes rumores que circulan aquí todo el tiempo sobre que nuestro gobierno está respaldando al mexicano en su actitud hacia las compañías petroleras”, siendo la evidencia la aparente debilidad de la respuesta estadounidense opuesta a la britá-

contró —según una plática escuchada en los portales del Banco de México— en el mismo lío que había sufrido Cuba en 1920, cuando el mercado del azúcar se había desplomado y “los bancos y empresas azucareras se declararon en quiebra, por la política americana de esa época”.⁴⁸ Ahora, conforme a los rumores, se esperaba que la salvación viniera de otra parte: hablaban de un supuesto arreglo con ciertos millonarios estadounidenses que comprarían el petróleo mexicano, rompiendo el boicot de las compañías y aliviando así los crecientes problemas económicos de México.⁴⁹ Pero nada se consiguió. Unas semanas más tarde, un prominente periodista mexicano informó a un agente de Gobernación que un arreglo entre el gobierno y las compañías, basado en la coexploración de los campos petroleros era, según sus palabras, “cosa hecha”.⁵⁰ Otra vez, la información resultó engañosa.

Con el tiempo, es verdad, el frente unido de las compañías se rompió, y la Compañía Sinclair llegó a un arreglo con el gobierno (aunque éste no involucró la coexploración).⁵¹ También

es verdad que varios empresarios, especuladores, simpatizantes y hasta estafadores acudieron a México ofreciendo proyectos para producir o vender el petróleo mexicano,⁵² pero no hubo ninguna gran operación de rescate: PEMEX tuvo que manejar su propia producción buscando como clientes, a regañadientes, a los países del Eje. Esto, como veremos, tuvo consecuencias internacionales. Con el paso del tiempo, las hipotéticas rutas de escape del atolladero petrolero se volverían aún más fantásticas. En una reunión de los gobernadores de los estados, en julio de 1938, se dijo que Estados Unidos había dado al gobierno el ultimátum de devolver las propiedades o pagar una indemnización inmediata (lo que no distó demasiado de la verdad). Sin embargo —decía el cuento— como México obviamente no pudo cumplir, “el gobierno de los Estados Unidos Americanos será el que faci-

nica; Memorándum de Pierre Boal, México, 21 marzo 1938, SD 812.6363/3146.

⁴⁸ Reporte del agente PS-6, D.F., 30 marzo 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

⁴⁹ Reporte del agente PS-12, 5 abril 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

⁵⁰ Reporte del agente PS-12, 14 mayo 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II.

⁵¹ “Consideraciones que se tuvieron presentes para celebrar un arreglo con los intereses que representa el grupo Sinclair”, 20 abril 1940, AGN, P-LC, 432.2/253-9; Meyer, *México*, 1977, pp. 195, 199.

⁵² Por ejemplo Rafael Cal y Mayor a Armando Pareyón, 28 enero 1939, y J.H. Causey a Luis Legorreta, AGN, P-LC, 432.2/253-9. Una serie de reportes del Departamento de Estado —algunos anteriores al 18 de marzo— se referían a las *maniobras* y proyectos japoneses. Véase por ejemplo Daniels, México, 4 enero y 21 marzo (2 veces) 1938, SD 812.6363/3061, 3109, 3111 (donde nos enteramos de que “se dice que Múgica ha estado trabajando para [la] expropiación de [las] compañías petroleras en beneficio propio y de [los] japoneses desde 1933”, lo que evidencia que los estadounidenses eran tan capaces como los mexicanos de tomar parte en los hechos y de convertirlos en una bola de rumores). Estas historias efímeras debían separarse de las serias pero no exitosas negociaciones entre Donald Richberg, representante de las compañías petroleras, y el gobierno mexicano, que ocuparon gran parte de 1939. Véase Meyer, *México*, 1977, pp. 194-198.

gobierno mexicano la cantidad de doscientos millones de dólares”.⁵³ Imaginativo y, por supuesto, enteramente falso, este rumor tenía un largo linaje: la supuesta cesión del territorio mexicano (Baja California, la bahía de Magdalena, el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, o el istmo entero), que figura entre las alegadas maniobras sucias de muchos vendepatrias revolucionarios, por ejemplo, en la denuncia que hizo Francisco Villa contra Venustiano Carranza después del reconocimiento de éste por parte de Estados Unidos en 1915.⁵⁴

De hecho, parece claro que Cárdenas consideró la expropiación como irrevocable y la devolución de las propiedades como “un absurdo”.⁵⁵ Demasiado capital político había sido gastado en montar este atrevido golpe; el público había sido movilizado, sus expectativas eran elevadas y, mientras, una guerra propagandística estaba en marcha en Estados Unidos, Méxi-

co y el resto de América Latina. Además la expropiación había tenido un éxito notable, al menos en cuanto a la política de corto plazo. La reputación personal de Cárdenas había subido vertiginosamente; un presidente, considerado por algunos como algo torpe y lento, se había convertido en un héroe nacional.⁵⁶ Hasta sus más acérrimos enemigos —que no le faltaban— no osaban oponerse abiertamente a esta medida patriótica. Sin embargo, en privado, hubo bastante crítica y desacuerdo. La gente acomodada, los empresarios, la clase media urbana, mantenían serias reservas al respecto, si no es que eran tajantemente hostiles. La imagen de un sentido unánime de cohesión nacional —cuidadosa y exitosamente fomentada por la administración, como era de esperarse— fue, en cierta medida, un mito. Los observadores estadounidenses reportaron, frecuentemente, tanto la falta de entusiasmo público genuino (algunas de las manifestaciones a favor de la expropiación tenían un claro carácter orquestado, más que espontáneo),⁵⁷

⁵³ Reporte del agente S-19, 19 julio 1938, DIPS, caja 4000/102.

⁵⁴ Knight, *Mexican*, 1986, vol. 1, p. 343. La tradición, por supuesto, es más antigua que la revolución. En los años cincuenta del siglo XIX —cuando el tratado MacLane-Ocampo involucró la cesión de derechos de tránsito a Estados Unidos— las facciones políticas intercambiaron acusaciones semejantes: “Nuestros oponentes eran culpables de buscar un protectorado (de Estados Unidos) mientras el vocero o escritor y sus amigos políticos deberían sacrificarlo todo para prevenir la imposición de tal estatus a México”. Donathan C. Oliff, *Reforma*, 1981, pp. 4 ss.

⁵⁵ *Últimas Noticias*, citado en Daniels, México, 6 julio 1938, SD 812.512/3957.

⁵⁶ El embajador británico O'Malley describió a Cárdenas como muy pagado de sí mismo (sin que pudiera decirse que su juicio fuera desapasionado). Foreign Office Records, FO 371/21465, A 2689.

⁵⁷ En Durango, para tomar un ejemplo claramente típico, unos 700 manifestantes aparecían rodeados por las autoridades, su “falta de entusiasmo era notable”, y los oradores de la CTM “eran incapaces de despertar cualquier entusiasmo con sus inflamatorios discursos”. Eaton, Durango, 24 marzo 1938, SD 812.6363/3246. Véase también Knight, “Politics”, 1992, pp. 111-114, donde reconozco que los informes consulares de Estados Unidos eran más bien parciales y contrarios. Sin embargo, es difícil saber

como las dudas privadas y los pronósticos pesimistas que había provocado la expropiación petrolera. En Sonora, por ejemplo, “los comerciantes, ganaderos, mineros y hombres de negocios, aunque públicamente proclamaban su apoyo a la acción tomada, en realidad no simpatizaban con el proyecto”, considerándolo “precipitado, mal concebido e impráctico”.⁵⁸ En Durango, después de la expropiación, “la opinión y la simpatía de la clase acomodada de esta ciudad estaban casi unánimemente a favor de las compañías petroleras”.⁵⁹

Esto no debe sorprendernos, Cárdenas fue poco popular en muchos sectores de la sociedad: antes de 1938, su administración, al iniciar reformas bastante radicales, logró más bien una aguda polarización de la sociedad que un cómodo consenso populista (como a veces se dice). Sobre la expropiación misma, aun si las víctimas fueron extranjeros que gozaban de pocas simpatías, constituyó un ataque frontal contra el derecho de propiedad, sancionado por la contenciosa Ley de Expropiación, cuya promulgación en 1936 había suscitado mucha crítica por parte de la prensa y de la clase empresarial. Y en cuanto a las consecuencias económicas de la expropiación, la pérdida de ventas a Estados Unidos, la disminución del turismo y un golpe a la confianza que empeoraba

los problemas económicos... tes alarmaba a los empresarios y a la clase acomodada. Hubo “grave inquietud” en Agua Prieta, un ambiente económico “extremadamente malo” en Nogales; preocupación y alarma entre los empresarios en Durango; “falta de actividad [...] y pesimismo” en Torreón.⁶⁰ Prominentes cardenistas reconocieron —aunque no públicamente— que la opinión estaba dividida.⁶¹ Abiertamente, la administración tenía que dar una imagen de unanimidad nacional, mientras que los propios disidentes conservadores no querían ser calificados como traidores a la patria pues consideraban que podrían sacar cierta ventaja política de la situación mostrando un nacionalismo políticamente correcto.⁶² Por tanto, ambos lados trataban de minimizar la disidencia y el desacuerdo que, sin duda existían, contribuyendo así al mito duradero de unanimidad nacional que tan bien conocemos. Como se dice, la historia es el mito acordado.

Un barómetro de la opinión fue la deuda petrolera. Conocemos muy bien el apoyo popular espontáneo surgido a raíz de la llamada a hacer donaciones para pagarla. Las imágenes de campesinos entregando sus puercos o de damas burguesas, sus anillos de boda.⁶³

por qué insistían en la falta de entusiasmo, espontaneidad —y violencia—, a menos que ello fuera una verdad extendida.

⁵⁸ Boyle, Agua Prieta, 31 marzo 1938, SD 812.00/Sonora/1426.

⁵⁹ Eaton, Durango, 24 marzo 1938.

⁶⁰ Boyle, Agua Prieta, 31 marzo 1938; Robinson, Nogales, 31 marzo 1938, SD 812.00/Sonora/1426, 1427; Eaton, Durango, 24 marzo 1938, Hukill, Torreón, 14 mayo 1938, SD 812.6363/3246, 3972. Véase también Knight, “Politics”, 1992, p. 116.

⁶¹ Villaseñor, *Memorias*, 1976, pp. 414-415.

⁶² Knight, “Politics”, 1992, pp. 116-117.

⁶³ González y González, *Historia*, 1981, pp. 181-182.

Y hubo, sin duda, una movilización amplia y genuina.⁶⁴ Pero también hubo oposición e indiferencia, pasados por alto por los historiadores. Un grupo de policías fue a Los Pinos a protestar porque les habían quitado tres días de sueldo, no obstante que ya habían contribuido individualmente a la causa. Un líder campesino morelense censuró a los líderes de la CTM que, afirmó, obligaron a sus miembros a participar en manifestaciones so pena de perder sus puestos de trabajo; "igual censura tuvo por lo del descuento de sueldos para la ayuda a la indemnización petrolera".⁶⁵ Algunos creían que los fondos mismos habían sido objeto de desfalco y, por eso,

el mismo pueblo no responde al llamado como debiera ser y citan el caso de la función de la ópera que, no obstante haber sido con los mismos precios que ha tenido en la temporada con completo lleno en todas sus funciones, el día dedicado para el pago de la deuda petrolera, dicen que hubo, cuando más, la mitad de entrada normal.

⁶⁴ Véase, por ejemplo, la útil colección del *Boletín Desdeldiez*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, Jiquilpan, s/n, 1988. Para ilustrar la desconfianza, la indiferencia y la oposición que la expropiación tuvo en algunos lugares —la cual ha sido a menudo omitida—, no cuestionó el genuino entusiasmo ni el apoyo evidente en muchos otros; el motivo para evidenciarlo es porque ofrece respuestas variadas, lo cual resulta sorprendente sólo si alguien, dogmáticamente, espera encontrar la unanimidad nacionalista.

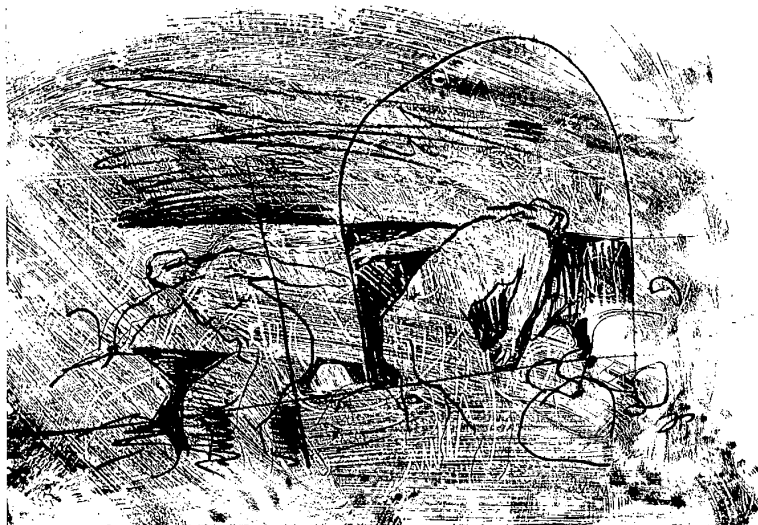
⁶⁵ Reportes de los agentes ps-6 y s-19, D.F., 31 marzo y 9 abril 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

Y si suponemos que entre los aficionados a la ópera apenas había cardenistas y nacionalistas (suposición bastante razonable), vale anotar que "igual aconteció en la corrida de toros para el mismo objeto".⁶⁶

Por tanto, mientras una apariencia creíble de espontaneidad y unanimidad populares era exitosamente fomentada, hubo una corriente oculta de disidencia o indiferencia, de la cual la administración sin duda tenía noticia. Es más, estaba enterada de las dificultades económicas, pues Cárdenas ponía especial cuidado en aliviar las preocupaciones de las empresas extranjeras enfatizando que la industria petrolera era un caso especial, ofreciendo una indemnización adecuada, descartando la posibilidad de otras expropiaciones y presionando a los sindicatos para que moderaran su militancia.⁶⁷ En su declaración al Congreso de la CTM en

⁶⁶ Reportes del agente S-19, 13 abril 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I. El rechazo de Cárdenas al juego, a la bebida y a los deportes sangrientos era bien conocido. De acuerdo con un comentario —tal vez hagiográfico—, al llegar a la presidencia, ordenó cerrar el bar de la sede de Bellas Artes; nunca asistió a los toros, frunció el ceño cuando su esposa jugaba *bridge* y nunca permitió al pequeño Cuauhtémoc vestir el traje de torero. Véase (sin necesariamente darle crédito) Cameron Townsend, *Lázaro*, 1952, p. 101.

⁶⁷ Daniels, 22 marzo 1938, SD 812.6363/3122, 3141. Reportes de Cárdenas suavizando sus repetidas garantías (en especial, su "apreciación [de la] amistosa actitud de su gobierno", su "sincera intención de proceder inmediatamente, de comenzar a ofrecer una compensación", y sus manifestaciones de cuán "hondamente lamentaba el retardo en la necesidad de dar este paso"). Véase también Cárdenas a J.P. Morris, M.P: 10 marzo 1938, AGN, P-LC 432.2/253-9, y Knight, "Politics", 1992, p. 117.



julio de 1940, el presidente subrayó “el imperioso deber de disciplinarse”, instó a sus oyentes a “actuar con espíritu de sacrificio... [y] actitud de desinterés”, y les recordó que “debemos pensar que hay capital extranjero que en estos momentos podría afluir a nuestro territorio” (hipótesis algo optimista, tomando en cuenta la cada vez más extensa guerra mundial).⁶⁸

El resultado, bien conocido, era una marcada desradicalización de la política del gobierno cardenista; una disminución en la reforma agraria; una política laboral más dura; garantías —ya fueran formales o informales— para los empresarios, la Iglesia, los ganade-

ros y los pequeños propietarios.⁶⁹ Paradójicamente, el triunfo más radical de la administración —el del 18 de marzo de 1938— inició una retirada general de las posiciones radicales anteriores.⁷⁰ Esta retirada se debió a múlti-

⁶⁹ Hamilton, *Limits*, 1982; Michaels, “Crisis”, 1986, pp. 51-79; Santos, *Memorias*, 1986, p. 606.

⁷⁰ “Indicar” es un verbo deliberadamente vago que me permite soslayar la difícil cuestión de si la expropiación petrolera y sus consecuencias eran asuntos fundamentales o simplemente detonadores del subsecuente proceso de radicalización. Mientras ese proceso respondiera a poderosas fuerzas domésticas, no correspondientes a la cuestión petrolera, había pocas dudas —como lo estoy sugiriendo— de que la expropiación les diera ímpetus adicionales y que, por el contrario, actuara como un freno para la administración; además, así se ampliarían aque-

⁶⁸ *El Universal*, 25 y 30 julio 1940.

ples causas, tanto económicas como políticas, endógenas como exógenas. Habiendo ya mencionado algunos factores económicos, ahora quiero considerar algunos políticos, y tratar de relacionar la presión estadounidense con otras presiones que se ejercían sobre el gobierno de Cárdenas.

En cuanto a la política interior del país, a fines de los treinta se vio un resurgimiento marcado del centro y de la derecha, y un retroceso correspondiente de la izquierda. Esto se ve dentro del partido oficial, conforme los radicales —tales como Múgica— fueron marginados, dentro de la CTM, donde Lombardo, cabeza de turco para la derecha, perdió terreno frente a Fidel Velázquez; dentro de los estados de la federación donde los gobernadores conservadores cobraban fuerza, y en la sociedad política entera, a medida que se fortalecía la percepción de que el proyecto izquierdista, intervencionista, anticlerical y cuasisocialista que había florecido a raíz de la depresión, iba perdiendo su atracción. Este cambio de percepción se ve claramente, aunque no ha sido estudiado a

llas fuerzas externas —políticas, económicas y diplomáticas— que favorecían la desradicalización. Tal vez, la mejor metáfora sea la de la catálisis, la aceleración de un proceso actual o potencial. Cualquiera que sea la definición elegida, la consecuencia práctica —y paradójica— de ese paso radical tendría ásperas consecuencias conservadoras; o, para plantearlo a destiempo, si la disputa petrolera se hubiera resuelto y la expropiación no se hubiera producido, la administración de Cárdenas se hubiera desempeñado en su sexenio de un modo apenas más consistentemente radical, lo cual podría, a su vez, haber conducido a un retroceso conservador mayor en 1940... y así sucesivamente.

fondo. Era evidente, tanto en las embajadas como en la calle.⁷¹ La derecha aplaudió, adquirió confianza y se organizó; por tanto, el auge de la Unión Nacional Sinarquista, el nacimiento del Partido Acción Nacional y de toda una plétora de partidos derechistas más minoritarios, en 1939-1940, y, por último, el apoyo excepcionalmente amplio que recibió Almazán en 1940.⁷² “Los elementos de derechas crecen en número y actividades, amenazando con su número al Partido Revolucionario Mexicano” [anterior PRI], lamentaron los izquierdistas oficiales; el Partido Comunista se quejó de que, no obstante su apoyo más que leal al gobierno, había sido descartado en los círculos políticos oficiales:

Laborde desbordó sus pasiones en contra de los políticos [...] diciendo que no se le ha tenido en cuenta en la actual campaña presidencial, y porque a los oradores del PC se les ha impedido hacer uso de la palabra en los mítines de propaganda avilacamachista.⁷³

⁷¹ Para no tomar más que dos ejemplos contrastantes: a finales de 1939 y principios de 1940, Luis Montes de Oca, un sustituto del director del Banco de México y amigo de Almazán, dijo a sus oyentes diplomáticos que “la gran mayoría de la gente pensante [...] está ahora enferma de socialismo” y que “la tendencia, dentro de unos pocos años, será a la derecha”: Davidson, México, D.F., 4 enero 1940, FO 371/24217, A 813; antes de esto, las habladurías de la calle decían “que están desarrollando muy activa propaganda los elementos derechistas y que pronto terminará el comunismo”: reporte del agente S-19, D. F., 13 abril de 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. I.

⁷² Véase Contreras, *México*, 1977.

⁷³ Reportes del agente PS-18, M.T. Rincón, D.F., 20 diciembre 1938, 4 julio 1939, DIPS, caja 4000/93, vols. II y III.

Aunque la izquierda se quejaba, podía consolarse con la idea —que sería una ilusión, tal como resultaron las cosas— de que esta retirada sería nada más táctica y temporal, y debida a las circunstancias especiales (el auge del fascismo, el estallido de la guerra mundial y la expropiación petrolera misma), y que, en poco tiempo, podría reanudar su trayectoria de ascenso hacia adelante. El destino de Lombardo en los cuarenta, por supuesto, nos muestra lo vano de estas esperanzas.

El combustible para esta nueva alineación de fuerzas y percepciones políticas fue, en gran medida, endógena. El desencanto de la clase media, la oposición empresarial, la indignación católica (especialmente en el Bajío) se debían a quejas particulares, de clases, regiones o sectores, relacionadas con las reformas cardenistas; y muchas veces se expresaban en los términos del discurso tradicional mexicano. Los sinarquistas, por ejemplo, utilizaban los antiguos símbolos del conservadurismo católico.⁷⁴ Pero la izquierda también, no obstante su internacionalismo militante, se inspiraba bastante en las arraigadas tradiciones y prejuicios nacionales (como, probablemente, cualquier izquierda exitosa tiene que hacer). David Alfaro Siqueiros, dirigiéndose a la Sección Juvenil del PRM, y haciendo comparaciones enfáticas entre el bueno, Cárdenas, y el malo, Fran-

co, se lanzó en una diatriba en contra de “los señores falangistas, gallegos, baturros, gachupines, ex alpargateros” que andaban propagando el fascismo en México.⁷⁵

Como sugiere este ejemplo, los factores exógenos también contaban; las políticas internacional e interior se influían. Inusitadamente, el foco exterior que más llamaba la atención mexicana en ese entonces, no era Estados Unidos sino España y, en cierta medida, Europa entera.⁷⁶ La guerra civil española conmovió a la sociedad mexicana como no lo había hecho ningún otro conflicto en el exterior. Lazos de sangre, de cultura y de una historia compartida, propiciaban este interés, como lo hizo también el flujo de refugiados republicanos a México. Pero, además, la tragedia de España sirvió como parábola para México: una fuente de advertencia, de inspiración y de ejemplo. El apoyo resuelto de Cárdenas a la república hacía que los conflictos internos mexicanos se redefinieran en los términos de los de la guerra civil española: los enemigos de Cárdenas ostentaban sus simpatías por la causa franquista, las derrotas republicanas se veían como derrotas para el

⁷⁵ Reporte del agente Vélez, D.F., 5 abril 1939, DIPS, caja 4000/93, vol. III.

⁷⁶ Además de las alusiones a los españoles, que aparecen en el texto, los comentaristas han hallado otras referencias a políticos europeos: Lombardo no era sino “el León Blum mexicano”, y el cerebro tras él, una supuesta Cheka mexicana (policía secreta), recientemente establecida “para echársela al general Almazán”: *El Universal*, 1 julio 1940; reporte del agente M.T. Rincón, D.F., 12 agosto 1939, DIPS, caja 4000/93, vol. III.

⁷⁴ Artemio Martín, Ozuluama, Veracruz, a Gobernación, 25 febrero 1947, describiendo el levantamiento de la plebe sinarquista, su patriotería y discursos, en una zona no considerada usualmente clerical-conservadora: AGN, Gobernación, 2/380(26)/8, caja 40.

presidente mexicano; la oposición mexicana buscaba a “un Franco mexicano” que hiciera retroceder la marea de radicalismo y ateísmo, el líder del PCM previó “días amargos” para México porque “los traidores quieren que aquí se repita la tragedia, como en España”.⁷⁷ El triunfo de Franco alentó sin duda a la derecha mexicana y empujó a la izquierda —o, al menos, a gran parte de la misma— hacia una política abnegada de apoyar, casi sin crítica, a un partido oficial cada vez más moderado, aun conservador.⁷⁸

España influyó fuertemente en las percepciones políticas mexicanas durante los treinta, pero era Estados Unidos quien pesaba más a la hora de las decisiones económicas. La reacción mexicana de expropiar fue arriesgada; no porque los intereses petroleros estadounidenses fueran los grandes perdedores (los intereses británicos eran mayores),⁷⁹ sino porque la capacidad del coloso del norte para ejercer represalias contra México era mucho mayor. Esto lo sabía perfectamente el

gobierno mexicano. Cárdenas leía los informes enviados por Ramón Beteta desde Washington con “un particular interés”, y Beteta aconsejaba al presidente cómo aliviar mejor las preocupaciones estadounidenses, por ejemplo en cuanto a la supuesta infiltración de México por parte de los agentes del Eje.⁸⁰ Cárdenas entendió muy bien que la coyuntura de la guerra mundial proporcionaba una oportunidad que él podría aprovechar. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos estaban alarmados con el auge de poder del Eje y, por tanto, estaban dispuestos a subordinar su política hacia México a las exigencias de la estrategia global. Las preocupaciones angloamericanas en cuanto a las actividades subversivas de los alemanes y de los japoneses —ya conocidas durante la primera guerra mundial— renacieron ahora con más fuerza que nunca. Noticias de la infiltración alemana en Guatemala o en Belice, o de las miras japonesas puestas en la industria petrolera mexicana, abundaban (y, en ciertos casos, contenían elementos de verdad).⁸¹ Cuando

⁷⁷ Reporte de M.T. Rincón, D.F., 20 septiembre 1939, DIPS, caja 4000/93, vol. III, citado por Laborde.

⁷⁸ Por supuesto, había disidentes izquierdistas que siguieron una trayectoria diferente, especialmente los trotskistas, quienes despreciaban al Partido Comunista —en la forma evidente de Diego Rivera— y que eventualmente se encontraban en el campo almazanista: Gall, *Trotsky*, 1991, p. 216.

⁷⁹ Como resultado de la huelga de Poza Rica, las propiedades de la Anglo-Dutch Aguila Co. eran, en 1938, mayores que las de las compañías petroleras estadounidenses; de ahí que, como HMG estaba bien informado, las pérdidas británicas fueran más grandes: FO a O'Malley, 6 abril 1938, FO 371/21464, A 2593.

⁸⁰ Cárdenas a Beteta, 31 mayo 1940; Beteta a Cárdenas, 25 mayo 1940, AGN, P-LC 432.2/253-9. El escritor describe los temores estadounidenses sobre la infiltración de la quinta columna nazi en México como “absurdos” (pero, claramente útiles como política).

⁸¹ Un “análisis” tremendista de las actividades alemanas en México es el de Cornelius Vanderbilt en su artículo “Is Hitler militarizing Mexico?”, *Liberty*, 14 septiembre 1940 (reproducido en Daniels, ciudad de México, 10 septiembre 1940, SD 812.00/31387, con el comentario: “Raramente he conocido a funcionarios mexicanos que se expresaran tan encolerizadamente sobre un artículo aparecido en una publicación norteamericana”. Su indignación, sin embargo, pro-

el actor Errol Flynn visitó México en julio de 1940, "hablaba de todo menos de cine" y, en particular, censuró la subversión de la quinta columna del Eje en América Latina.⁸² Los altos políticos mexicanos, bien enterados de la situación, estaban listos para aprovecharla. Como escribió Cárdenas en su diario, una semana antes de la expropiación:

Tomamos [...] en cuenta que se presenta ya la amenaza de una nueva guerra mundial con las provocaciones que desarrolla el imperialismo nazifascista, y que esto los detendrían [a Estados Unidos e Inglaterra] de agredir a México, en el caso de decretarse la expropiación.⁸³

Los cálculos de Cárdenas eran correctos. Y, de ahí en adelante, su administración jugó la carta del Eje con habilidad y éxito. La habilidad era necesaria porque el juego tenía sus riesgos; el espectro del Eje tuvo que invocarse (cosa no tan difícil, en vista de los temores estadounidenses), pero el gobierno mexicano debía al mismo tiempo mostrar que el espectro podía ser conjurado de la forma más efectiva por medio de una colaboración entre Estados Unidos y México, no por la ac-

ción unilateral estadounidense. Es decir, el gobierno de México tenía que presentarse como la mejor defensa contra la subversión fascista. Afortunadamente, la postura de Cárdenas fue, en este sentido, impecable (compárese, por ejemplo, con la de Perón). En fin, el escenario fue como una imagen opuesta a la de las alineaciones políticas de la guerra fría, unos diez o quince años después, cuando, para contrarrestar otra supuesta amenaza exterior, ahora comunista (por ejemplo, en Guatemala), el gobierno de Estados Unidos favoreció a fuerzas y regímenes netamente derechistas, aun autoritarias, haciendo caso omiso de sus características nada atractivas. El radicalismo de Cárdenas se consideró compensado por su reconocido antifascismo. (Me refiero, por supuesto, a los años treinta; vale recordar que, en las décadas de los cincuenta y sesenta, el propio Cárdenas fue visto por algunos observadores estadounidenses como un filocomunista peligroso, amigo de Cuba y de Vietnam del Norte. Para entonces, el llamado "tiempo mundial" [*world time*] había avanzado y el imperativo democrático, antifascista de los treinta había cedido el paso a otra cruzada "democrática", la ahora anticomunista de la guerra fría.)

Por las razones antes mencionadas, Estados Unidos dejó de dar una respuesta agresiva a la expropiación petrolera. Pero, como también sugerí antes, las consecuencias económicas fueron serias. Además, como se acercaba la elección presidencial de 1940, Estados Unidos ejercía cierta presión política en México. Almazán despertó

bablemente se dirigía más al relato sensacionalista de la violencia y la confusión del día de la elección presidencial, 7 julio 1940. Las historias sobre los designios japoneses sobre el petróleo mexicano, tenían de hecho algunas bases más sólidas: véase *supra* nota 52.

⁸² *El Universal*, 2 julio 1940. Véase también Kirk, *Covering*, 1942.

⁸³ El "tomamos" se refiere específicamente a Cárdenas y a Francisco Múgica: Véase Cárdenas, *Obras*, vol. 1, 1986, p. 389.

una popularidad bastante amplia y genuina, muy por encima del número de votos que —según el resultado oficial— recibió en las urnas.⁸⁴ Esa elección —una de las más violentas y fraudulentas en la turbulenta historia electoral del país, producto, según Soto y Gama, de un “ambiente de terror”— dejó de suministrar a Ávila Camacho una legitimidad intocable.⁸⁵ Abundaban las quejas de fraude e intimidación y, por tanto, las expectativas de protestas y hasta de revueltas almazanistas.⁸⁶ En efecto, a fines de

1940 ocurrieron rebeliones menores, especialmente en el norte.⁸⁷ Mientras tanto, Almazán, emulando a Madero treinta años antes, se fue a Estados Unidos, donde se sabía que estaba en contacto con disidentes mexicanos y simpatizantes estadounidenses.⁸⁸ Por fin resultó que Almazán decepcionó a sus seguidores más aguerridos. A diferencia de Cedillo, dos años antes, Almazán se negó a arriesgarse en una rebelión armada, por diversas razones. Comparado con Cedillo, Almazán era astuto, rico y resueltamente egoísta, más oportunista que quijotesco.⁸⁹ Entendió muy bien que, no obstante su amplio apoyo (más amplio del que había gozado Cedillo), un levantamiento en armas sería extremadamente

⁸⁴ Almazán, 128 574; Ávila Camacho recibió, 2 265 199, referido a *El Universal*, 13 julio 1940; o —el cómputo final oficial— 151 101 a 2 476 641, referido a *Excelsior*, 13 septiembre 1940. El partido almazanista, PRUN, reclamó una votación de 2 492 562; *El Universal*, 20 julio 1940.

⁸⁵ La frase que se cita es de Antonio Díaz Soto y Gama, *El Universal*, 5 julio 1940 (es decir, dos días antes de la votación). El mismo periódico dijo en un editorial, del 8 de julio de 1940, que “se registraron desórdenes, escándalos, tumultos, con su dotación respectiva de golpes y balazos y saldo de heridos y muertos”. La prensa estadounidense reportó también haber pasado un día de maniobras (véase *supra* nota 81, Daniels, México, 5 septiembre 1940, SD 812.00/31382, quien atribuye serias exageraciones a los periodistas estadounidenses). El archivo de Gobernación está lleno de quejas de abusos cometidos por funcionarios contra almazanistas; pero contiene también imputaciones de abusos de almazanistas contra avilacamachistas. La verdad exacta es difícil de establecer; pero el conflicto y la disputa engendrados por la elección de 1940 son indiscutibles.

⁸⁶ En Chihuahua, los “rumores de inminentes disturbios en diversas partes de México proliferan”. Los reportes de la revuelta en Sonora fueron desmentidos por los portavoces del gobierno: Blocker, Juárez, 12 y 17 septiembre 1940; Boyle, Agua Prieta, 10 septiembre 1940, SD 812.00/31384, 31407, 31399.

⁸⁷ Blohm, Chihuahua, 20 septiembre 1940, SD 812.00/31424. Vale recordar que las políticas de Chihuahua habían permanecido claramente violentas y conflictivas durante los años de los treinta; en el propio año de 1940, del PRM se había escindido una facción local exitosamente enfrentada a la elección gubernamental del candidato propuesto por el PRM nacional: Wasserman, *Persistent*, 1993, pp. 65-66.

⁸⁸ Los pretendidos contactos de Almazán en Estados Unidos incluían al poderoso magnate de radio y TV Emilio Azcárraga Vidaurreta; sin embargo, antes de deducir apresuradas teorías conspirativas, debe agregarse que entre ellos se hallaba también —subrepticamente— la estrella hollywoodense Myrna Loy. Para ésta y la considerable información adicional encubierta, curiosa aunque en su mayoría irrelevante, véase Hoover a Berle, 6 y 17 septiembre 1940, 812.00/31424 1/2, 31426 1/2.

⁸⁹ “Díscolo”, como Madero lo había llamado ya en 1911; alrededor de 1940, como el embajador británico en la ciudad de México comentó, “era demasiado gordo y rico y estaba demasiado enfermo” para rebelarse: Womack Jr., *Zapata*, 1969, p. 80; Rees, ciudad de México, 9 febrero 1940, FO 371/24217, A 1654.

riesgoso, quizá suicida (en efecto, esta era la opinión general).⁹⁰ Además, Almazán se encontraba acorralado por el calendario electoral que, no por última vez, quizá ayudó al partido de gobierno. Un intervalo de cinco meses separó la elección y la toma de poder (compárese con el de Estados Unidos, donde el intervalo es nada más de dos meses). Si como Almazán se quejaba, él era el presidente electo, su pleito era contra Ávila Camacho, cuya legitimidad rechazaba; una revuelta contra Cárdenas era otra cosa. Por otro lado, si Almazán esperaba cinco meses hasta la toma del poder en diciembre para rebelarse, correría el riesgo de perder todo ímpetu; porque las llamas de la indignación almazanista, que ardieron intensamente después de la contenciosa elección de julio, se volverían —y, en efecto, se volvieron— tibias cenizas al final del año, lo que, sin duda, el gobierno esperaba.

Otro factor era la política estadounidense. Yo no comparto las perspectivas algo extremas en cuanto al su-

puesto control ejercido por Estados Unidos sobre el destino político de México. Tal control varió según el periodo y las circunstancias, y raras veces fue decisivo. No creo, por ejemplo, que Estados Unidos fuera responsable absoluto de la caída de Huerta, ni de la derrota de Villa a manos de Obregón.⁹¹ Su apoyo a Obregón en 1923-1924 fue probablemente más significativo, aunque es dudoso que por sí solo decidiera el resultado de la contienda. Sin embargo, es bien posible que, no obstante lo que han sugerido algunos historiadores, la influencia estadounidense fuera mayor después de 1920 que antes; porque esa influencia —especialmente la económica y diplomática— fue más efectiva cuando actuaba sobre un gobierno concreto constituido que sobre una ciénaga de facciones rivales. Éstas peleaban para sobrevivir en una lucha hobbesiana; Estados Unidos tenía que reaccionar ante el resultado de la lucha y sus esfuerzos para determinar este resultado no eran notablemente eficaces. Los gobiernos establecidos —como los de Obregón en 1923-1924 o Cárdenas en 1939-1940— necesitaban crédito, comercio y confianza económica, todo lo cual podía afectar a Estados Unidos. Por otro lado, la moral de la oposición —fuera delahuertista o almazanista— podía ser bastante afectada por la política estadounidense.

En el caso de 1939-1940, Estados Unidos apoyó claramente al gobierno de Cárdenas. El parentesco ideológico

⁹⁰ Especialmente el ejército y el campesinado organizado estaban seguramente en el campo avilacamachista. Y, tal como el apesadumbrado líder almazanista reconoció en Chihuahua, "a menos que una gran parte del ejército se torne en favor de Almazán, hay solamente una ligera oportunidad de que el general o sus partidarios lancen una revolución exitosa": Blocker, Juárez, 12 septiembre 1940, SD 812.00/31390. El ministro de Asuntos Extranjeros, Eduardo Hay, en conversación con el embajador Daniels (6 septiembre 1940, SD 812.00/31383) aventuró una regla empírica. "En México nunca se ha realizado una revolución que no empezara en el campo. El parloteo de este año es de la gente urbana".

⁹¹ Véase Grieb, *The US*, 1969; Hart, *Revolutionary*, 1987.

al que me referí contaba, particularmente, a los ojos del embajador Daniels y, después de la expropiación, éste hizo todo lo que pudo para disminuir la fricción y mantener las buenas relaciones. El estallido de la guerra mundial reforzó los argumentos en pro de la coexistencia amistosa con un México estable, y el gobierno mexicano se esforzó por demostrar su apoyo a la causa democrática, su oposición a los poderes del Eje, y el papel clave que podía jugar en cimentar un frente unido panamericano contra el fascismo.⁹² Por añadidura, la nueva moderación manifestada por la administración de Cárdenas —sin hablar de la campaña electoral de Ávila Camacho— aliviaba las preocupaciones estadounidenses. Semanas antes de que, en septiembre de 1940, Ávila Camacho proclamara “yo soy creyente”, el candidato del PRM hizo otras declaraciones tranquilizadoras abogando por la justicia para todos, incluso para “la vasta clase media”, prometiendo “una política internacional más cristiana”, y urgiendo por “un definido espíritu de mexicanidad sin tener que recurrir a programas o doctrinas ajenas a la patria mexicana

⁹² Memorándum de Castillo Nájera a Cárdenas, 16 agosto 1940, AGN, P-LC 342.2/253-9, comunicándole el comentario de Sumner Wells de que el secretario de Estado, Cordell Hull, “se muestra muy agradecido por la cooperación, tan eficaz y tan útil, de la Delegación de México, la que siempre estuvo pronta para colaborar con la Delegación de Estados Unidos” en la Conferencia Interamericana de La Habana, de julio de 1940, en un tiempo en que (véase Hull, *Memoirs*, vol. 1, p. 821) el temor estadounidense ante la propaganda y la subversión del Eje estaban en ascenso.

na”.⁹³ Como dice Luis González, las declaraciones públicas de Ávila Camacho y Almazán apenas se distinguen.⁹⁴ Por tanto, los esfuerzos almazanistas para calificar a su contrincante, el llamado “soldado desconocido”, como “el comunazi conocido”, fueron poco convincentes.⁹⁵

Por tanto, no obstante cierto apoyo a Almazán por parte de algunos empresarios y periódicos de Estados Unidos, el gobierno de Roosevelt demostró claramente que de ninguna manera fomentaría la subversión en México.⁹⁶ El propio Almazán fue cuidadosamente observado por el FBI, el teléfono en sus cuartos de hotel fue intervenido y un gran volumen de su correspondencia fue recogido de los basureros de su

⁹³ *El Universal*, 1 julio 1940, informando del discurso en Puebla. El discurso del “yo soy creyente” contenía también un claro rechazo a los comunistas (“los comunistas no colaborarán en mi gobierno”), un tendencioso rechazo del socialismo (“no soy socialista, soy demócrata”) y un repudio calculado de los dos, Cárdenas y Lombardo (quien, como Ávila Camacho explicó, tampoco figurarían en su administración): *La Prensa*, 20 septiembre 1940, en Daniels, ciudad de México, SD 812.00/31439. No es sorprendente que declaraciones de esta clase cayeran bien en muchos lugares: en Chihuahua, donde el almazanismo era fuerte, “comentarios favorables sobre las declaraciones del general Ávila Camacho son profusos”, y son considerados como un golpe maestro, hecho en el momento más oportuno; con eso, quitaron fuego a las fraguas de los líderes del partido de Almazán”. Véase Blocker, Juárez, 21 septiembre 1940, SD 812.00/31440.

⁹⁴ González y González, *Historia*, 1981, p. 259.

⁹⁵ *El Universal*, 7 julio 1940.

⁹⁶ Castillo Nájera a Cárdenas, 5 septiembre 1940, AGN, Lázaro Cárdenas, Archivo Particular, rollo 11.

hotel.⁹⁷ Mientras tanto, el embajador Daniels asistió a la apertura del nuevo Congreso, el 1 de septiembre, descartando amenazas anónimas.⁹⁸ Enseguida, Estados Unidos y México entraron en pláticas sobre la posible visita del presidente electo a Washington (que, obviamente, equivalió a un reconocimiento diplomático) y, con la asistencia del vicepresidente Henry Wallace a la toma de poder de Ávila Camacho en diciembre, Estados Unidos dio el tiro de gracia a las menguadas esperanzas almazanistas.⁹⁹ Después, las dos administraciones colaboraron estrechamente.

El presidente Ávila Camacho —dice un informe del Departamento de Estado de 1942— ha sido durante largo tiempo un amigo de Estados Unidos y su amistad se ha vuelto más marcada después de su elección como presidente de México. Ha demostrado gran deseo de cooperar con Estados Unidos y se cree que su actitud hacia nosotros es más amistosa que la de cualquier otro país del hemisferio.¹⁰⁰

⁹⁷ Hoover a Berle, 6 septiembre 1940, SD 812.00/31424 1/2.

⁹⁸ Daniels, ciudad de México, 28 agosto 1940, SD 812.00/31353.

⁹⁹ Memorándum de Duggan sobre su conversación con Castillo Nájera, 5 septiembre 1940, SD 812.00/31384 comunicándole que F.D. Roosevelt “tendría el gusto de recibir al general Ávila Camacho, si tuviera la atención de visitar Estados Unidos antes de su toma de posesión”; González y González, *Historia*, 1981, pp. 312-313.

¹⁰⁰ J.W. Corrigan, Embajada de Estados Unidos en la ciudad de México, esbozo biográfico de Ávila Camacho, 16 febrero 1942, State Department Record (SDR), México, Internal Affairs (IA), 1940-44, SD 812.001/Camacho, M.A./180.

En la prensa estadounidense, Ávila Camacho figuró como “El hombre que engañó a Hitler” (*The Man Who Fooled Hitler*); y el Departamento de Estado se esforzó para refinar aún más esta imagen ya muy positiva.¹⁰¹

Para algunos, esto fue una mayor evidencia de la debilidad de Estados Unidos, y de su tolerancia incomprensible de un Estado corrupto, demagógico y cuasisocialista. Las propiedades estadounidenses habían sido expropiadas, los derechos políticos de los mexicanos negados y, sin embargo, Estados Unidos seguía apoyando el régimen podrido del PRM. Añadían que, en particular, el embajador Daniels cortejaba al gobierno mexicano desatendiendo caprichosamente los intereses estadounidenses.¹⁰² Pero, en efecto, se puede sostener que esta política conciliatoria sirvió bastante bien a esos intereses tanto en los años treinta como en los años diez. Es decir, una política agresiva e intervencionista probablemente

¹⁰¹ R. Field a H. Burslly, 23 diciembre 1941, SD 812.001/Camacho, M.A./175, incluyendo artículo de H.C. Wolfe para *This Week*, publicado en 25 enero 1942. Como una forma de que el Departamento de Estado expresara su preocupación por la imagen de Ávila Camacho, es pertinente hacer notar que, en la descripción original —altamente lisonjera— el autor aventura, en un comentario menos elogioso, que el presidente mexicano “ha sido descrito como una especie de pez suculento y pintoresco rebozado”, comentario que fue retirado de la versión publicada; por otra parte, la calificación de “un ciudadano serio de gustos ‘burgueses’” se convirtió en “un ciudadano serio de gustos ‘sencillos’”. ¿Era el pensamiento “burgués” demasiado atraído —o demasiado marxista— para los lectores estadounidenses?

¹⁰² Cronon, *Josephus*, 1960, pp. 56-58, 233.

hubiera sido contraproducente, en lugar de eso, con el apoyo matizado al régimen establecido, el gobierno de Estados Unidos propició —no inició ni controló— el proceso de desradicalización en México y, al mismo tiempo, aseguró que jugara el papel de un aliado cada vez más leal en el creciente conflicto mundial. Cárdenas, por ejemplo, expresó su agradecimiento por el apoyo estadounidense y, como hemos visto, moderó sus políticas más radicales, especialmente en cuanto a los intereses estadounidenses, y como presidente inició —y como secretario de Defensa Nacional continuó— una política de colaboración militar con Estados Unidos.¹⁰³ Los políticos mexicanos menores siguieron la misma línea, aplaudieron la postura amistosa de Estados Unidos, y se dedicaron a cimentar las buenas relaciones con el buen vecino del norte.¹⁰⁴ Esta opinión prevaleció. De la misma manera en que la agenda política interior iba a cambiar, las percepciones de las relaciones México/Estados Unidos también se transformaron.

Deseoso de promover una alianza militar entre los dos países, el embajador Castillo Nájera se complació en

observar que “la idea [de una alianza] se extiende y toma cuerpo”, aun estando dentro del gobierno nacionalista de antes, como Isidro Fabela (en el pasado “un exponente de hostilidad contra Estados Unidos”). Así, concluyó Castillo Nájera,

hasta los más recalcitrantes empiezan a convencerse de que nuestra política respecto a la república septentrional debe ser conducida conforme a las realidades y no conforme a sentimientos o a hipótesis, hijas más bien del deseo que de la lógica.¹⁰⁵

Es imposible estimar la importancia de la política estadounidense, o calcular su contribución a la nueva moderación del régimen mexicano bajo Ávila Camacho. Los factores interiores fueron, sin duda, más importantes; la queja almazanista de 1940 de que “el próximo presidente de México será elegido por la Casa Blanca”, fue más bien una estratagema de propaganda que un análisis objetivo.¹⁰⁶ Pero Estados Unidos sí tenía opciones; hubiera podido intervenir en México en 1938 y apoyar a Almazán en 1940. Esta, llamémosla “solución Guatemalteca”, probablemente hubiera fracasado. Cárdenas no era Arbenz, ni Almazán, Castillo Armas y, por supuesto, México no era Guatemala. Pero Estados Unidos sí tenía la capacidad de fomentar la inestabilidad, lo que no hizo.¹⁰⁷ En vez de

¹⁰³ Si bien, posteriormente, como ministro de Defensa, Cárdenas estableció límites a la colaboración militar con Estados Unidos: él no transigiría con el establecimiento de bases estadounidenses en suelo mexicano. Sin embargo, y puesto que Estados Unidos estaba más interesado en la contribución económica de México al esfuerzo aliado que en la militar, esto no fue un impedimento serio.

¹⁰⁴ Reporte del agente PS-12, D.F., 14 junio 1938, DIPS, caja 4000/93, vol. II, describiendo un discurso del senador Salinas Carranza.

¹⁰⁵ Castillo Nájera a Cárdenas, 27 julio 1940, Lázaro Cárdenas, Archivo Particular, AGN, rollo 11.

¹⁰⁶ Blohm, Chihuahua, 8 septiembre 1940, SD 812.00/31376.

¹⁰⁷ Fuera de intereses propios y de cualquier consideración altruista. Como el secretario de

eso, alineándose con cierta inteligencia y previsión con fuerzas mexicanas que obraban por una desradicalización con estabilidad, el gobierno de Roosevelt aumentó el impacto de estas fuerzas moderadoras y aceleró su éxito. Como la revolución boliviana de 1952 —que Estados Unidos toleró de la misma manera y apoyó para moderarla mejor y manipularla— la llamada “revolución preferida” posterior a 1940, representó un desenlace positivo para la diplomacia y no, repito, porque Estados Unidos lo realizara por sí mismo, sino porque se alineó hábilmente con tendencias poderosas dentro de México, más o menos como lo hizo en Europa Occidental al final de la segunda guerra mundial. Por tanto, no es sorprendente que las relaciones de Estados Unidos con México —como sus relaciones con Europa Occidental— hayan sido relativamente estables durante los últimos cincuenta años, especialmente, en comparación con sus relaciones con Asia Oriental, o con algunos otros países de América Latina. Paradójicamente, quizá, las raíces lejanas del TLC estén en esos años clave de 1938-1940, dentro de los conflictivos rumores y realidades de ese periodo de transformación.

Estacio Hull dijo a Beteta (Beteta a Cárdenas, 20 junio 1939, AGN, P-LC 432-2/253-9): “Los perjuicios que un mal entendimiento con México traerían para Estados Unidos, serían tan sensibles y tan grandes como los que podría sufrir México.” Para un razonamiento semejante y esclarecedor de las relaciones mexicano-estadunidenses de aquel tiempo, véase Harold L. Ickes, *Secret*, 1954, vol. II, pp. 352-353.

ARCHIVOS

- Archivo General de la Nación (ramos: Presidente-Lázaro Cárdenas, Dirección Nacional de Gobierno).
- Registros del Departamento de Estado (EUA). Archivos Nacionales.

HEMEROGRAFÍA

- El Universal*.
- Liberty*.
- Excelsior*.
- La Prensa*.
- This Week*.

BIBLIOGRAFÍA

- Ankerson, Dudley, *Agrarian warlord, Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí*, Dekalb, 1984.
- Brown, Jonathan C., *Oil and revolution in Mexico*, Berkeley, 1993.
- Cameron Townsend, William, *Lázaro Cárdenas, mexican democrat*, Ann Arbor, 1952.
- Cárdenas, Enrique, *La industrialización mexicana durante la gran depresión*, México, 1987.
- Cárdenas, Lázaro, *Obras: I. Apuntes, 1913-1940*, México, 1986.
- Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, *Boletín Desdeldiez*, México, 1988.
- Contreras, Ariel José, *Mexico 1940: industrialización y crisis política*, México, 1977.
- Cronon, David E., *Josephus Dantels in Mexico*, Madison, 1960.
- Dallek, Robert, *Franklin D. Roosevelt and american foreign policy, 1932-1945*, Nueva York, 1979.
- Freeman Smith, Robert, *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932*, Chicago, 1972.
- Gall, Olivia, *Trotsky en Mexico*, México, 1991.

- Gellman, Irwin F., *Good Neighbor Diplomacy. United States policies in Latin America, 1933-1945*, Baltimore, 1979.
- González y González, Luis, *Historia de la revolución mexicana. Los días del presidente Cárdenas*, México, 1981.
- Grieb, Kenneth J., *The US and Huerta*, Lincoln, 1969.
- Hamilton, Nora, *The limits of State autonomy: Post revolutionary Mexico*, Princeton, 1982.
- Hull, Cordell, *The memoirs of Cordell Hull*, 2 vols., Londres, 1948.
- Ickes, Harold L., *The secret diary of Harold L. Ickes*, Nueva York, 1954.
- Kirk, Betty, *Covering the mexican front*, Norman, 1942.
- Knight, Alan, *The mexican revolution*, 2 vols., Cambridge, 1986.
- , *US-Mexican relations, 1910-1940. An interpretation*, San Diego, 1987.
- , "The politics of the expropriation", en Jonathan C. Brown y Alan Knight (comps.), *The mexican petroleum industry in the twentieth century*, Austin, 1992.
- Loaeza, Soledad, "La política del rumor: México, noviembre-diciembre de 1976", en *El llamado de las urnas*, México, 1989.
- Mason Hart, John, *Revolutionary Mexico: The coming and process of the mexican revolution*, Berkeley, 1987.
- Meyer, Lorenzo, *Su Majestad británica contra la revolución mexicana, 1900-1950*, México, 1991.
- , *Mexico and the United States in the oil controversy, 1917-1942*, Austin, 1977.
- Michaels L., Albert, "The crisis of cardenismo", *Journal of Latin American Studies*, núm. 2, mayo, 1970, pp. 51-79.
- Oliff, Donathan C., *Reforma Mexico and the United States*, Alabama, 1981.
- Santos, Gonzalo N., *Memorias*, México, 1986.
- Standard Oil, *Looking at Mexico*, EUA, 1940.
- Villaseñor, Víctor Manuel, *Memorias de un hombre de la izquierda*, México, 1976.
- Wasserman, Mark, *Persistent oligarchs: Elites and politics in Chihuahua, Mexico, 1910-1940*, Durham, 1993.
- Womack, John Jr., *Zapata and the mexican revolution*, Nueva York, 1969.
- Wood, Bryce, *The making of the Good Neighbor Policy*, Nueva York, 1961.

